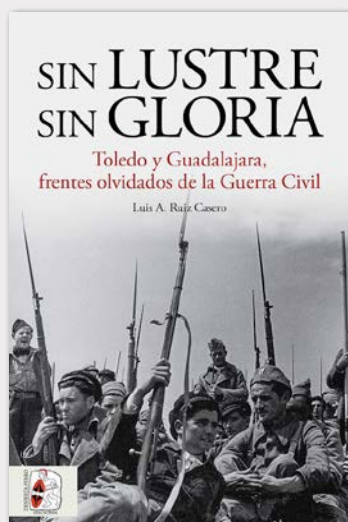


El sangriento frente olvidado de la Guerra Civil

Lejos de los escenarios bélicos más conocidos del conflicto existieron dos encarnizados frentes de batalla olvidados: Toledo y Guadalajara. El arqueólogo Luis A. Ruiz Casero se ha propuesto recuperar la memoria de una guerra cruel y de una escala hasta ahora desconocida. Un conflicto sordo, desdibujado, que poco tiene que ver con los tradicionalmente considerados «frentes en calma».



Sin lustre, sin gloria.
Toledo y Guadalajara, frentes olvidados de la Guerra Civil
978-84-126588-8-0
576 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €

Con una prosa que sitúa a este ensayo en la mejor tradición de los grandes autores de historia militar, Ruiz Casero retrata una guerra cruel, áspera, en la que los combatientes morían en el páramo sin la pátina gloriosa de las grandes maniobras. Una muerte que no entiende de gestas. De este relato de las operaciones libradas en los frentes olvidados de Toledo y Guadalajara emerge una nueva narrativa de la Guerra Civil española, con despliegues violentísimos aún en los sectores más apartados.

Tras el cruento ciclo de batallas en torno a Madrid en el primer invierno de la contienda, parecería que la lucha en los flancos de la capital se había extinguido. Pero en los frentes estabilizados de Castilla la matanza no había hecho más que empezar. En este territorio se libró a lo largo de dos años una guerra olvidada, a una escala hasta ahora desconocida, que causó un enorme sufrimiento a quienes la vivieron. En Toledo y Guadalajara se sucedieron los golpes de mano, los bombardeos, y las razias hasta el final de la guerra, y en ocasiones tuvieron lugar allí operaciones importantes, en las que intervinieron miles de hombres apoyados por abundante artillería, carros y aviación.

Con contadas excepciones se trató de un conflicto sordo, desdibujado, librado en lugares remotos, sin aparente influencia en el desarrollo global de la guerra. Las fuentes dibujan de manera inequívoca un escenario de terror cotidiano más allá de las grandes batallas bien conocidas de Brunete, Teruel o el Ebro, que poco tiene que ver con los «frentes en calma» que algunos historiadores han descrito.



Luis A. Ruiz Casero (Alcalá de Henares, 1985) es doctor en historia por la UCM y arqueólogo por la Universidad de Alcalá, habiendo cursado dos másters en Arqueología y Educación. En 2015 publicó una monografía sobre la olvidada batalla del sur del Tajo durante la Guerra Civil española, conflicto que ha centrado su actividad investigadora. Es miembro de la Asociación Española de Historia Militar y ha publicado artículos en Archeopress, Springer o Desperta Ferro. Entre sus líneas de investigación pueden mencionarse el estudio de la contienda civil, la pervivencia de la mujer en primera línea tras la militarización de las milicias, la materialidad del conflicto y la didáctica del patrimonio.

En librerías el miércoles 30 de agosto. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Guillermo Escribano Jara - Comunicación

Tel. 616 404 434 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

La Guerra Civil fue un conflicto de una frenética intensidad operativa, lejos de tópicos sobre los «frentes en calma». Las prácticas de la guerra total llegaron hasta la última trinchera del sector más remoto, con una escala ignorada hasta el momento en los frentes secundarios.

Luis A. Ruiz Casero documenta los aspectos que habían quedado en la sombra de las biografías de algunos de los protagonistas de la guerra, como Líster, Yagüe, Mera, o Saliquet. Y emerge una visión nueva del conflicto español, de una guerra porfiada, librada en escenarios desconocidos.

Los frentes estabilizados de Toledo y Guadalajara no fueron solamente escenario de fuertes combates olvidados, sino de una lucha partisana a una escala solo esbozada hasta la fecha.

La sombra de Madrid orbita a lo largo de todo el relato. El peso simbólico de la capital condicionó totalmente la actividad en sus flancos extremos, reforzando las tesis de quienes afirman que en ningún momento dejó de ser la obsesión estratégica de Franco.

El relato de los grandes clásicos de la historiografía militar tardofranquista (Salas Larrazábal y Martínez Bande) queda en entredicho, revelándose sus bases como eminentemente propagandísticas, tras la máscara de objetividad de la que se han revestido.



DOSIER DE PRENSA

SIN LUSTRE, SIN GLORIA

Explicado por su autor

EN POCAS PALABRAS

Este es un libro que comienza donde otros acaban. Con el final del invierno de 1936-1937 terminaba también el decisivo ciclo de las batallas por Madrid, en las que los sublevados trataron de ahogar la capital, fracasado su asalto frontal. Con los rescoldos del Jarama y Guadalajara aún humeantes, los dos ejércitos comenzaron a atrincherarse, preparándose para una guerra que ya nadie preveía corta. A lo largo de los siguientes dos años, en los páramos de Castilla se libró una contienda sorda, olvidada. La vida de los combatientes oscilaba entre los momentos de tranquilidad expectante y los estallidos puntuales de violencia, que en ocasiones desembocaron en feroces batallas en campo abierto que nadie recuerda. Desde los desérticos eriales de la Jara toledana, hasta las cumbres heladas del Alto Tajo, pasando por la siniestra Cuesta de la Reina, decenas de miles de hombres sufrieron el miedo, las privaciones, y la muerte consustanciales a la guerra moderna que se estaba librando en España,

privados de la gloria destinada a sus camaradas que combatían en Brunete, Teruel o el Ebro.

Las líneas de combate estabilizadas en Guadalajara y Toledo distaron mucho de ser frentes en calma, como en ocasiones se les ha descrito, más allá de momentos puntuales. A lo largo de la obra se desgana el rosario de operaciones locales y ataques en regla que se dieron allí hasta el fin de la guerra. Los contendientes desplegaron una y otra vez sus infanterías en masa, y también importantes flotas de tanques y aviones, pero nunca renunciaron a la caballería, a las machaconas preparaciones artilleras, a la bomba de mano, a la bayoneta. En los frentes secundarios del Centro se dio un conflicto híbrido entre la modernidad y la tradición.

El relato también se detiene en otra guerra paralela, aún más invisibilizada: la de los guerrilleros gubernamentales. Toledo y Guadalajara, con sus grandes extensiones de frente sin vigilar, fueron el escenario propicio para que la República pusiese en acción a sus



Miembros de la 14.^a Brigada Internacional después del último golpe de mano en Toledo (*Estampa*, 13-11-1937).

guerrillas, fuerzas profesionales entrenadas por el aliado soviético. Durante todo el conflicto mantuvieron en jaque a las tropas franquistas de esos sectores, con picos de actividad que alcanzaron la escala de auténticas ofensivas en la sombra, llegando a influir en el curso de las operaciones principales de la guerra. Sus enemigos ensayaron aquí tácticas de guerra antipartisana para contrarrestar la amenaza. Unas veces sutiles, otras bestiales, presagiaban la lucha contra el llamado *maquis* de postguerra.

Guadalajara y Toledo, como flancos del vital frente de Madrid, estuvieron siempre en las mentes de los estrategas enfrentados. Franco nunca dejó de soñar con envolver completamente la capital a través de esos frentes, pero tuvo que esperar merced a la resistencia republicana. Con la sublevación casadista, el Caudillo pudo finalmente desatar su ofensiva-espectáculo frente a la simbólica capital toledana. Sin enemigo delante, la guerra frontal quedó liquidada. Una nueva página se abría, la de la represión y la de la lucha irregular, pero los frentes estabilizados del Centro habían dejado de existir.

UN DESARROLLO MÁS AMPLIO

En la **Introducción** se sientan las bases del conflicto en los frentes de Castilla como escenario de dos hechos de un enorme peso simbólico para cada uno de los bandos enfrentados: el asedio y “liberación” del Alcázar de Toledo y la victoria republicana de Guadalajara.

Después, el cuerpo principal del libro se divide en dos partes, siguiendo un criterio cronológico a través de la historia de los frentes estabilizados. La **Parte I** abarca desde el fin del ciclo de operaciones en torno a Madrid, en abril de 1937, hasta el final de ese año. El **capítulo 1, “Los restos del naufragio”**, describe el panorama de cada uno de los dos flancos de la capital tras el fin de las grandes batallas, la configuración de cada frente, sus particularidades, sus similitudes y diferencias, así como las fuerzas que los guarnecían en la primera primavera de la guerra.

El **capítulo 2, “Enemigo a las puertas”**, se centra en la batalla del sur del Tajo, el gran combate frontal de 1937 en los frentes de Castilla, que enfrentó a las fuerzas de Yagüe contra las de Lister en los cigarrales toledanos, a simple vista de los habitantes de la semicercada Ciudad Imperial. A lo largo de una semana de mayo se sucedieron los ataques y contraataques de los contendientes por hacerse con la posesión de las cabezas de puente de Toledo, paso privilegiado sobre el río Tajo, con una ferocidad que marcaría los tonos más cruentos del resto de la guerra en los frentes secundarios.

El **capítulo 3, “La llama súbita”**, relata las iniciativas republicanas en Guadalajara promovidas por el carismático comandante Perea: el avance en el amplio espacio entre los ríos Tajo y Tajuña que resultó de la batalla contra el CTV, y el gran golpe de mano de los altos de Utande, ejecutado por la 11.ª Brigada



Imagen del palacio de la Sisle, en Toledo, objetivo de ambos bandos en los combates del frente del sur del Tajo (colección Carlos Vega).

Internacional, y que terminó convirtiéndose en una de las jornadas más sangrientas del frente alcarreño.

En el **capítulo 4, “Réplicas de un terremoto”**, se da cuenta de las operaciones secundarias diseñadas por Vicente Rojo como complemento del gran esfuerzo de Brunete que afectaron al frente toledano: el asalto distractivo contra la cuesta de la Reina la víspera de la ofensiva y los ataques guerrilleros contra la línea del Tajo dirigidos por el padre de los Spetsnaz, el soviético Starinov, que llegaron a paralizar las comunicaciones sublevadas desde sus bases en Extremadura y Andalucía.

La recuperación de la iniciativa por parte de los sublevados en los flancos de Madrid es tratada en el **capítulo 5, “Diente por diente”**, que describe los sucesivos ataques locales tras Brunete, que tenían mucho de ajuste de cuentas: la toma del Monte Trapero en el sector de Cogolludo, y el pulso ante Toledo que culminó con la unificación de las cabezas de puente el 26 de septiembre, que Yagüe llevaba ambicionando desde su llegada al sector.

La batalla de la cuesta de la Reina de octubre de 1937 se describe en el **capítulo 6, “El barro de Verdún”**. La guerra volvía una vez más al desdichado vértice, que llegó a ser copado brevemente por los republicanos, hasta que los sublevados lograron rehacer su línea. Esos combates fueron devastadores para los voluntarios francobelgas de la XIV Brigada, que había logrado esquivar el destino de sus camaradas internacionales diezmados en el infierno de Brunete, pero no pudo evitar un destino similar tres meses más tarde en el punto más negro del frente Toledano.

El **capítulo 7, “El ejército de las sombras”**, presenta una visión general de un fenómeno prácticamente desconocido hasta el momento: la actividad guerrillera desplegada por los republicanos en los frentes secundarios del Centro desde la estabilización, y, en especial, la ofensiva guerrillera que en el invierno de 1937 a 1938 sembró el caos en la retaguardia franquista del Alto Tajo, como complemento del ataque sobre Teruel diseñado por el alto mando gubernamental.

La **Parte II** retoma el relato desde el principio de 1938 hasta el desenlace oficial de la guerra, en marzo-abril de 1939. En el **capítulo 8, “Las colinas tienen ojos”**, se recupera la historia olvidada de la mayor victoria republicana en el frente de Guadalajara tras la batalla de marzo de 1937: la defensa del Vértice Sierra. Ese éxito defensivo tuvo su réplica en el frente toledano, con la resistencia en la atalaya de las Nieves, donde los gubernamentales se tomaron la revancha de la unificación de las cabezas de puente enemigas medio año atrás.

“**Convertirse en carnada**” es el título del **capítulo 9**, que desarrolla los ecos de la devastadora ofensiva sublevada en Aragón en el frente toledano, con el ataque fallido sobre la cabeza de puente de Talavera de la Reina, parte de los ataques que Vicente Rojo solicitó a los ejércitos de la zona central para intentar contener la marea franquista.

El mismo objetivo tuvo el diseño de la ofensiva del Alto Tajuña, que se detalla en el **capítulo 10, “Gasolina al fuego”**. El ataque del IV Cuerpo de Cipriano Mera terminó degenerando en un choque frontal de grandes dimensiones, la mayor de las batallas secundarias libradas en los flancos de Madrid.

El **capítulo 11** lleva por título “**Polvo, sudor y hierro**”, elementos que sobraron en la asfixiante batalla

de la Jara toledana, librada en los días más calurosos de 1938 en uno de los puntos climáticos más extremos de Castilla. La ofensiva supuso la mayor ganancia territorial de los sublevados en los frentes secundarios del Centro a lo largo de toda la guerra.

En el **capítulo 12, “La artillería conquista, la infantería ocupa”**, la acción retorna por enésima vez a la cuesta de la Reina, con la última batalla en regla en el martirizado sector; un ataque sublevado conducido negligentemente por el general Ponte en octubre de 1938, que supuso el canto del cisne del Ejército Popular de la República en los flancos de Madrid.

El **capítulo 13, “Morir por nada”**, describe las últimas iniciativas republicanas en Toledo y Guadalajara, que a pesar del decaimiento moral y la carestía generalizada imperante en la zona gubernamental, se pusieron en marcha para tratar nuevamente de auxiliar a otros frentes, en este caso la sentenciada Cataluña del último invierno de la guerra.

“**Hijos de Caín**”, el **capítulo 14**, hace balance de los dos años de estabilización de los frentes del Centro, que padecieron una guerra total, en todo su horror y crudeza, prestando especial atención a su impacto humano sobre los combatientes y las retaguardias, pero tratando de forma integral los principales aspectos transversales del período descrito. El capítulo concluye con la traición final de la Junta de Casado, que volvió a fijar la atención estratégica en los flancos de Madrid en las aciagas circunstancias de un golpe interno en las filas republicanas.

Esa atención estratégica renovada de los flancos de la capital culminó con la ofensiva final franquista, descrita en el último **capítulo, el 15, “Carne para grajos”**. Los sublevados recogieron los frutos que llevaban años sembrando a través de la Quinta Columna, y liquidaron la resistencia formal del Ejército Popular. La guerra convencional terminaba, abriéndose un largo período de represión y de sordo conflicto irregular en las provincias de Toledo y Guadalajara.

El volumen finaliza con unas **Conclusiones**, que recapitulan lo expuesto, aportando un balance general de los efectivos desplegados en los frentes de Castilla la Nueva, así como el terrible saldo de bajas resultante de las operaciones descritas a lo largo de la obra. Se sintetizan aquí los principales resultados de la investigación en su conjunto.



ENTREVISTA AL AUTOR

Luis A. Ruiz Casero (Alcalá de Henares, 1985) es doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Complutense de Madrid, y trabaja como arqueólogo en diversos contextos relacionados con la Guerra Civil española, integrado en el equipo de Alfredo González-Ruibal (Incipit-CSIC). Es miembro de la Asociación Española de Historia Militar y del Grupo de Investigación de la Guerra Civil y el Franquismo. Ha publicado diversas obras, siempre relacionadas con el estudio de los frentes de 1936-1939. Publica ahora con Desperta Ferro Ediciones *Sin lustre, sin gloria. Toledo y Guadalajara, frentes olvidados de la Guerra Civil*.

Este no es su primer acercamiento a los llamados “frentes secundarios” de la Guerra Civil española, ¿a qué se debe su interés en ellos?

Buena parte de la historia bélica de la Guerra Civil tuvo lugar en los frentes estabilizados, lejos de las grandes batallas que acapararon portadas en el momento de los hechos y que hoy siguen llenando estanterías en publicaciones sobre el conflicto. Los hechos narrados en mi libro trascienden el interés local. Son una ventana a lo que ocurría allí donde nadie miraba durante las batallas de Brunete, Teruel o el Ebro. Allí donde aparentemente nunca pasó nada. Quizá mi interés inicial llegara de la curiosidad por saber si eso era cierto, si aquellos frentes no tenían nada que ofrecer desde un punto de vista histórico. Gradualmente me di cuenta de que con ellos sucedía lo que con tantos otros temas marginales de la historia o la arqueología: la ausencia de evidencia no era

sinónimo de la evidencia de ausencia. Allí tuvieron lugar hechos de gran relevancia para muchos miles de personas, que en ocasiones llegaron a afectar el desarrollo general de la guerra, solo que nunca habían despertado interés.

¿Cuál es el origen de *Sin lustre, sin gloria*?

El origen inmediato se sitúa a principios de 2021, cuando defendí mi tesis doctoral sobre los frentes estabilizados de los flancos de Madrid. Fue un trabajo elogiado, que llevaba detrás una ingente labor de documentación, pero creía que la historia que narraba era lo suficientemente atrayente para divulgarla a un público más amplio, así que me puse manos a la obra para adaptarla, para aportarle ese toque literario que, personalmente, me hace disfrutar de los buenos ensayos históricos. Y aproveché la ocasión para incluir información que había ido localizando tras el depósito de la tesis: partes militares, relatos

personales, informes arqueológicos... Hay aspectos completamente nuevos, como los capítulos que versan sobre la guerrilla en Toledo y Guadalajara, que además aportan un peso mayor a esos frentes supuestamente secundarios en la marcha general de las operaciones militares.

Entonces ¿en los frentes estabilizados no se dieron esas imágenes de tranquilidad o hasta camaradería entre republicanos y sublevados que retratan películas como *La vaquilla*?

«La ficción, o incluso alguna literatura académica, han transmitido la imagen de que la guerra en primera línea fue algo así como un picnic en el que no se disparaba ni por casualidad. Las fuentes nos hablan de una guerra sin cuartel».

Por supuesto que se dieron, pero la documentación nos dice que no fueron la norma. La ficción, o incluso alguna literatura académica, han transmitido la imagen de que la guerra en primera línea fue algo así como un picnic en el que no se disparaba ni por casualidad. Las fuentes nos hablan de una guerra sin cuartel. En los dos años de estabilización se han contabilizado hasta media docena de batallas en toda regla y al menos tres auténticas ofensivas, así como cerca de una veintena de ataques en los que al menos uno de los dos bandos empleó fuerzas superiores a un batallón. Se emplearon carros, aviones, artillería en gran número. Y los combatientes sufrieron el terror de la guerra moderna, heridas físicas y psicológicas de las que muchos no se recuperarían nunca. Los momentos de calma estuvieron marcados por el miedo y las privaciones en mayor medida que el tedio o el ocio, por no hablar de los ocasionales bombardeos o los disparos de los francotiradores.

Así que en los frentes secundarios tuvieron lugar batallas campales a las que apenas se les ha prestado atención hasta el momento ¿Cuál fue, en su opinión, la más dura de todas ellas?

Depende de lo que entendamos. Si tenemos en cuenta la cantidad de bajas, sin duda se trató de la ofensiva del Alto Tajuña, en marzo-abril de 1938. Rivalizó en número de muertos, heridos y desaparecidos con la famosa batalla de Guadalajara, un año antes. Pero si tenemos en cuenta la ratio entre combatientes y bajas, la más feroz fue la del sur del Tajo, en mayo de 1937, en la que hubo en torno a un 20% de bajas en conjunto en las unidades desplegadas, una auténtica exageración. Si nos referimos al padecimiento de los combatientes, probablemente el choque más duro fue la ofensiva de la Jara, librada en mitad de una ola de calor en uno de los puntos más cálidos de Europa en el verano de 1938, en la que llegó a haber varios casos de saharauis retirados de la línea por insolación. Y, por sectores, el más temido por los combatientes fue el de la cuesta de la Reina, en el límite entre Toledo y Madrid, donde se dio una lucha de trincheras constante, muy similar a la que tuvo lugar en el Frente Occidental de la Gran Guerra. Allí no tuvieron lugar batallas de la escala de las mencionadas, pero sí una incesante guerra de posiciones peligrosísima en el día a día, además de siete batallas en regla desde los días de la marcha sobre Madrid hasta el final del conflicto. Los combatientes lo llegaron a llamar “el sector de la muerte”.

¿Y la más decisiva?

Excluyendo la ofensiva final franquista, que realmente vino a rubricar algo que ya era un hecho (la derrota de las fuerzas armadas regulares de la República),

quizá el encuentro armado —llamarlo batalla es problemático— más decisivo fuese la ofensiva guerrillera desatada desde el sur del Tajo en julio de 1937. Fue una pieza esencial en la planificación de la ofensiva general de Brunete por parte de Vicente Rojo, y, probablemente, la parte más exitosa de su plan general de operaciones. Una vez se produjo la ruptura del frente de Madrid, el corte de las comunicaciones en la línea del Tajo impidió a Franco trasladar allí fuerzas desde su retaguardia en Extremadura o recibir suministros directamente desde Portugal. La acción de los guerrilleros le privó de cualquier alternativa y le echó en los brazos del plan de Rojo. No tuvo más alternativa que suspender la campaña de Santander, que quedó frenada durante casi un mes y medio, y enviar refuerzos desde el frente Norte.

«La aviación y los carros hicieron aparición aquí y allá en momentos determinados, en apoyo de las operaciones de mayor embergadura, pero también hubo asaltos a la bayoneta y cargas de caballería. La artillería tuvo un peso enorme».

Por una concatenación de casualidades, la batalla del sur del Tajo también tuvo una influencia decisiva en la suspensión del primer plan general de contragolpe estratégico republicano, el “Plan Extremadura”, como ya avanzaron mis investigaciones en su día. Y, a nivel local, sin duda la ofensiva de la Jara fue la que estuvo más cerca de provocar un colapso general en todo el sector toledano bajo el control leal.

Si algo tienen en común estos tres ejemplos es que han sido prácticamente ignorados por la historiografía hasta el momento, a pesar de su relevancia. Quedaron eclipsados por otras operaciones de más envergadura que estaban teniendo lugar al mismo tiempo, como la campaña de Vizcaya, la batalla del Ebro o la propia operación de Brunete.

Según sus investigaciones, ¿cuál fue el factor decisivo para la guerra en los frentes secundarios?

En los frentes de Guadalajara y Toledo se dio un conflicto anticuado, marcado por la carestía de medios, pero con destellos de modernidad. La aviación y los carros hicieron aparición aquí y allá en momentos determinados, en apoyo de las operaciones de mayor envergadura, pero también hubo asaltos a la bayoneta y cargas de caballería. La artillería tuvo un peso enorme, en especial por parte de los sublevados, que contaban con una superioridad notable en ese sentido. Desencadenaron preparaciones artilleras brutales, como la que se abatió sobre el Puntal del Abejar y La Molatilla en el Alto Tajuña, posiciones que recibieron dieciséis mil explosivos a lo largo de una sola jornada —casi dos proyectiles por metro cuadrado—; o la de la Cuesta de la Reina en octubre de 1938, cuando dieciocho mil granadas regaron la cabecera del Valle Grande en solo un par de horas.

Es evidente que cuando el relato va más allá de las operaciones militares se centra en muchas ocasiones en el combatiente de a pie, en su experiencia personal. Pero ¿qué hay de los mandos? ¿hubo alguna revelación olvidada entre quienes dirigieron operaciones en los frentes secundarios?

Podemos afirmar que no hubo ningún Napoleón en los frentes secundarios de Castilla. Hubo mandos competentes, claro está.

Quizá los únicos destellos de un mando efectivo, con concepciones modernas en torno a las operaciones, que pueden encontrarse en los frentes de Guadalajara y Toledo, sean los del republicano Perea y el sublevado Esteban-Infantes.

Hubo también un número considerable de mandos que, si bien no se mostraron brillantes a la hora de operar, sí lograron transmitir un espíritu combativo a los efectivos a su mando y mejorar las condiciones de los frentes, como Mera o, sobre todo, Pertegaz, jefe republicano de la 9.^a División en la última etapa de la guerra. En el otro extremo encontramos figuras que resisten mal el análisis, como el mitificado Miaja, como Saliquet, o como el general Ponte, clave en el frente toledano a partir de 1938. Las fuentes caracterizan su figura como arbitraria y presuntuosa, con una despreocupación sobre las vidas de sus propios hombres rayana con la incompetencia.

¿Cuáles han sido los aspectos que más le han sorprendido a lo largo de la investigación que ha dado lugar al libro?

Dando por supuesta la intensidad operativa en unos frentes caracterizados tradicionalmente como “tranquilos”, a la que ya he aludido, me han sorprendido varias cuestiones. Para empezar, la guerra partisana que los republicanos desencadenaron en ambos frentes, de una escala desconocida hasta el momento, y que trajo consecuencias de gran calado, como se ha comentado. Por otra parte, algo que ya han avanzado algunos autores, como Miguel Alonso o David Alegre: la maquinaria bélica sublevada estuvo lejos de funcionar como un mecanismo de relojería. Hubo mandos

superiores incompetentes, un uso descabellado de los medios modernos, una carestía logística en ocasiones no muy alejada de la de sus enemigos, y unos mandos intermedios y personal de tropa muy por debajo de lo que la imagen heroica de la propaganda nos haría pensar. Y, relacionado con eso, la resistencia republicana. Contra viento y marea, haciendo frente a unos problemas desmesurados, los gubernamentales fueron capaces de aguantar el tipo hasta el final de la guerra, infligiendo humillantes derrotas a los sublevados cuando la fortuna estuvo de su lado (como en el Vértice Sierra o la Atalaya de las Nieves, por citar solo un par de casos), hasta que las malas noticias de otros

frentes y, sobre todo, la traición interna del golpe de Casado vino a tirar todos sus esfuerzos por tierra.

frentes y, sobre todo, la traición interna del golpe de Casado vino a tirar todos sus esfuerzos por tierra.

¿Qué queda hoy en día de esos frentes?

Mucho. El conflicto dejó algunas zonas del rural castellano marcadas durante generaciones por el terror, la destrucción y la dictadura que siguió a la guerra. En algunos lugares cuesta aún romper el velo del silencio. El conflicto y la represión dejaron huellas muy profundas en las personas, que se extienden de padres a hijos. Lamentablemente, ya no estamos a tiempo de recuperar la memoria directa en la mayoría de los casos, pero está comprobado que en otros el trauma pervive. Las comunidades rurales donde se desarrolló principalmente la guerra en las provincias de Guadalajara y Toledo son auténticas cápsulas de memoria, en una medida mucho mayor que las ciudades. Y, en el aspecto material, queda una cantidad ingente de restos. Restos humanos desperdigados por el campo, fosas comunes de combatientes y civiles, toneladas de metralla y material sin explotar, y miles de kilómetros de trincheras y fortificaciones que solo recientemente la arqueología y los estudios de patrimonio han comenzado a prestar atención.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

HABLAN QUIENES LO VIVIERON

SILVERIO VERDASCO

“Pensé repetidas veces que de no sacar fuerzas de flaqueza sería al día siguiente pasto de alimañas. Me agarraba a los arbustos que encontraba al paso, me apoyaba en el tronco de alguna jara, hasta que al salir de unos jarales me encontré con las alambradas de las fuerzas de la República, en una de cuyas estacas me apoyé, cuando un soldado me dijo que me echara cuerpo a tierra. No tuve necesidad de ello, pues sentí que algo me faltaba y que se evaporaban de mi ser las pocas fuerzas y sentido que pude mantener hasta allí y caí al suelo. Los soldados del Ejército de la República debieron advertir esta circunstancia y, tomadas las medidas para evitar una posible sorpresa, salió un cabo catalán y me recogió del suelo”.

JUAN COY ESTEVEZ

“Esta mañana salimos catorce carros para operar, y al mío le metieron los vuestros un cañonazo que le dejó inmóvil. Entonces el teniente y el artillero me pegaron patadas para que yo pusiera aquello en marcha; pero todo fue inútil. Enseguida la torreta empezó a arder, y al querer escapar ellos, creo que cayeron muertos o tal vez abrasados. A mí me dio tiempo a saltar y me escondí entre unas matas, de las que me sacaron los soldados. Ha sido terrible: el teniente, el artillero y yo llorábamos, encajonados, de rabia viendo al carro parado y sin querer obedecernos”.

COMISARIO DE LA 14ª. DIVISIÓN

“A pesar de haber dispuesto de grandes masas de aviación, sus servicios adolecieron de ineficacia. Únicamente consiguieron el no permitir que nuestras fuerzas actuaran a placer, ya que tenían que permanecer ocultas, pegadas al terreno, para no denunciar su situación. De unas 3.000 bombas arrojadas por su aviación sobre nuestras líneas y retaguardia se refiere aquí únicamente al sector de la 14ª. División nos ha causado, entre las fuerzas que operaban, unas 60 bajas; por consiguiente es de imprescindible necesidad llevar al convencimiento de la tropa la ineficacia de la aviación cuando no se pierde la serenidad”.

CAPITÁN MEDICO ALONSO PEREZ

“Algún tiempo después, en la Cuesta de la Reina, por cobardía abandoné a mis compañeros y permanecí escondido en un agujero numerosísimas horas. Nadie se enteró de aquella deserción, pero quedé

humillado y avergonzado. En la primera rotura de frente, corrí enloquecido, como todos. A mi alrededor veía caer innumerables soldados muertos o heridos, estos demandando un desesperado socorro que nos era imposible ofrecerles.

Encontré un gran embudo de obús y me metí en él. Aterrorizado, inmovilizado por el pánico, permanecí en aquel embudo toda una noche y muchas horas del día siguiente. Durante aquellas interminables horas, por encima de mí pasaron y repasaron numerosas veces fuerzas de ambos ejércitos, que yo no sabía distinguir porque ocultaba mi cabeza en la tierra. Al fin pude ver que nuestras fuerzas hacían huir al enemigo de una forma definitiva. Salí de mi agujero y me uní a ellas, con las de retaguardia.

Nadie supo jamás esto. Al escribirlo aquí, es la primera vez que lo digo. También afirmo que fue la mayor humillación y vergüenza de mi vida. Me convencí de que era un gran cobarde y aquello me deprimió muchísimo”.

J. A. GAYA NUÑO

“Los más de los soldados mostraban su pena por el que comprendían injusto final de una lucha gloriosa. Un cabo había abandonado la formación y se comportaba como un tonto o un payaso. Le llamé la atención, y el cabo se insubordinó:

—¡Ya está bien! ¡Ya no hay guerra! ¡Se acabó la guerra!

Mandé hacer alto a la pequeña columna. Me encaré con el cabo, le arranqué los galones y le puse preso entre dos fusileros. Demasiado sabía yo que se había acabado la guerra, pero en tanto hubiera un resto de autoridad republicana, había que ejercerla. El cabo comenzó a creer que aún había guerra, que todavía corría el riesgo de ser fusilado.

En las primeras casas de Brihuega, los balcones lucían banderas monárquicas y blancas. Todo muy cerrado y silencioso. Y la carretera y sus inmediaciones mostraban toda una cosecha de gorras de uniforme de todos los grados militares, carnets políticos y sindicales rotos, fusiles, fusiles ametralladores, ametralladoras, pistolas, correaes, autos sin gasolina, algún camión. Este era el pacto, este era el convenio. Instintivamente, muchos de mis hombres se precipitaron hacia los codiciados fusiles ametralladores, para tirarlos inmediatamente. No tenían peines”.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos

Introducción

Dioses y monstruos

PARTE I 1937

1 LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO

Los frentes de Guadalajara y Toledo, 1936-1937

2 ENEMIGO A LAS PUERTAS

La batalla del sur del Tajo, abril-mayo de 1937

3 LA LLAMA SÚBITA

La República golpea en Guadalajara, mayo-junio de 1937

4 RÉPLICAS DE UN TERREMOTO

Operaciones de distracción, verano de 1937

5 DIENTE POR DIENTE

Los franquistas recuperan la iniciativa, agosto-septiembre de 1937

6 EL BARRO DE VERDÚN

La batalla de la cuesta de la Reina, octubre de 1937

7 EL EJÉRCITO DE LAS SOMBRAS

La guerrilla en los flancos de Madrid, 1937

PARTE II 1938-1939

8 LAS COLINAS TIENEN OJOS

Resistencia republicana en el vértice Sierra y la atalaya de las Nieves, febrero-marzo de 1938

9 CONVERTIRSE EN CARNADA

Ataque contra la cabeza de puente de Talavera, marzo de 1938

10 GASOLINA AL FUEGO

La ofensiva del Alto Tajuña, marzo-abril de 1938

11 POLVO, SUDOR Y HIERRO

La caída de La Jara, abril-septiembre de 1938

12 LA ARTILLERÍA CONQUISTA, LA INFANTERÍA OCUPA

La cuarta batalla de Seseña, octubre de 1938

13 MORIR POR NADA

Las últimas iniciativas republicanas, noviembre de 1938-febrero de 1939

14 HIJOS DE CAÍN

El fin de la resistencia republicana, marzo de 1939

15 CARNE PARA GRAJOS

La ruptura de los frentes, marzo-abril de 1939

Conclusiones

Bibliografía

Índice analítico



DOSIER DE PRENSA

FRAGMENTOS SELECCIONADOS

INTRODUCCIÓN

El sitio del Alcázar distó mucho de la épica del relato franquista. La aplastante superioridad numérica y de medios de los asediados nunca fue tal. Durante buena parte del cerco no hubo más de 2500 o 3000 hombres y mujeres en armas desplegados en la ciudad, buena parte de ellos milicianos sin experiencia militar, ante los casi 1200 sitiados, bien parapetados en una posición dominante. Solo a partir de mediados de agosto el gobierno desplegó en Toledo artillería de un calibre suficiente como para dañar los muros exteriores de la fortaleza e inició las labores de minado, que se demostrarían la única amenaza real contra el Alcázar. En el clímax del asedio, en torno al 18 de septiembre, los atacantes llegaron a sumar unos 4000, aunque pronto se vieron amenazados por la llegada del Ejército de África. Cuando los legionarios y regulares irrumpieron en la ciudad, se desató la consabida matanza. Los historiadores hablan de más de 700 asesinatos en los primeros días. Piquetes de ejecución improvisados por calles y plazas, heridos rematados a golpe de granada de mano en el Hospital Tavera, reductos liquidados a base de gasolina y candela. Buena parte de los rehenes de Moscardó, perdido su valor como escudos humanos, fueron asesinados sin miramientos y arrojados a los cráteres de las minas.

Si la figura de Moscardó alcanzó tal veneración en la España sublevada, por encima del rosario de héroes y mártires de la Cruzada, fue, principalmente, por dos cuestiones: el papel que representó la *gesta* toledana en el ascenso de Franco a la jefatura del Estado y, en menor medida, por la absoluta fidelidad que desde entonces profesó el coronel al generalísimo. Franco entró



Plaza de Zocodover durante la «liberación» de Toledo (colección Luis Alba, cortesía de Juan Antonio Morales).

en Toledo como el salvador providencial que había liberado a los asediados en el último momento; como el buen pastor que se apartaba del camino directo a Madrid para rescatar a la oveja perdida. Envuelto en esos oropeles, con el prestigio que le daba estar al mando del aguerrido y brutal Ejército de África, y como interlocutor privilegiado de Italia y Alemania, Franco ejecutó un golpe de Estado dentro del propio golpe y se autoproclamó jefe del Estado solo unas horas después de la victoria en Toledo. Así dio comienzo una dictadura que se prolongó cuatro décadas. Moscardó, colmado de honores, lo acompañó siempre muy de cerca hasta su muerte en 1956.

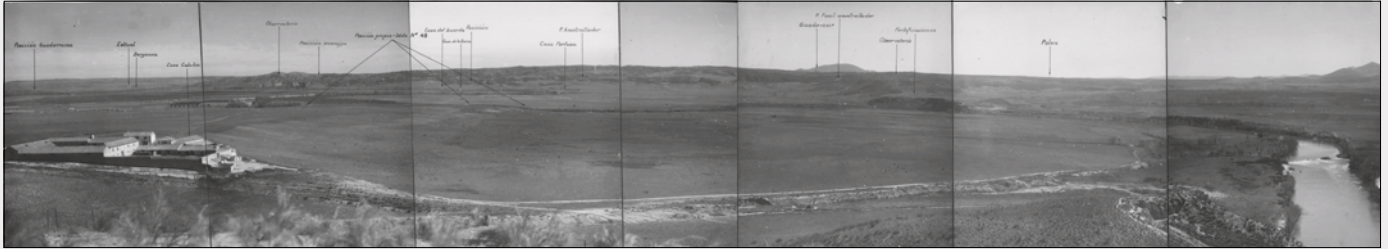
CAPÍTULO 1

LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO

Los frentes de Guadalajara y Toledo, 1936-1937

La guerra en tierras toledanas fue un conflicto «periurbano», librado, principalmente, en el entorno inmediato de dos ciudades pequeñas (Talavera y Aranjuez) y una capital provincial (Toledo). Dado lo desguarnecido de la línea del Tajo o del entorno de Puerto de San Vicente, la gran mayoría de los soldados que estuvieron destacados en el frente toledano tuvieron como retaguardia inmediata alguno de esos

núcleos urbanos. Algo que era muy importante para la moral. Implicaba que había un hito, una referencia concreta, identificable, en su horizonte cercano. Que en los permisos breves se podía disfrutar de las comodidades de una ciudad: alojamiento, restaurantes, espectáculos (toros, deportes, cine, música...), servicios religiosos (en zona franquista), comunicaciones (teléfono, telégrafos) o incluso de un limitado turismo. Hay



Composición panorámica de frente republicano del Tajo desde Calaña, Toledo, en 1939 (colección del autor).

que mencionar también las tabernas y la prostitución, abundantísima en Toledo y Talavera.

Los mandos se preocuparon gradualmente de acercar ciertas comodidades hasta los frentes lejanos con el fin de subir la moral de los soldados (sobre todo ya avanzada la guerra), pero la situación no era comparable. Es una constante en las memorias de veteranos, en especial en las de aquellos que procedían de un contexto urbano, la sensación de alivio al llegar a una ciudad tras pasar un tiempo en un frente alejado. Es cierto que las localidades relevantes en ambos frentes eran lugares marcados por la guerra, los bombardeos, el hambre en parte de la población... Sin embargo, no dejaban de ejercer un considerable atractivo para el soldado en campaña.

Las ciudades eran núcleos logísticos y la cercanía a ellas hacía que tanto los suministros como la prensa o la correspondencia llegaran antes a primera línea,

con las consecuentes repercusiones positivas en la moral del soldado. En una sociedad hipercomunicada como la actual hay que hacer un profundo esfuerzo de abstracción para imaginar el aislamiento que sentirían los soldados de alguna de las posiciones remotas del frente de Guadalajara. Tómese como ejemplo el puesto del puente de San Pedro en el Alto Tajo. Una zona de picos que superan los 1200 metros, con laderas escarpadas y pinares impenetrables, hoy enclavada en un parque natural. El puesto estaba a 14 kilómetros a pie del pueblo más cercano, Zaorejas, desde donde ni siquiera había comunicación telefónica con la cabeza del sector, Villanueva de Alcorón. Se conoce por la documentación republicana que a finales de marzo de 1937 había tan solo sesenta y dos soldados en Zaorejas, de los que solo unos pocos estarían a la vez en los puestos avanzados junto al río.

CAPÍTULO 3 LA LLAMA SÚBITA

La República golpea en Guadalajara, mayo-junio de 1937

LA BATALLA DE GUADALAJARA MARCÓ EL FIN DEL CICLO de operaciones estratégicas de los sublevados contra Madrid. La historiografía cuenta que las fuerzas contendientes quedaron agotadas y que la calma se instaló en los frentes del Centro durante muchas semanas. Hoy sabemos que no fue así. Solo había transcurrido una semana tras el fin de los combates cuando los franquistas de la División Soria dieron un golpe de mano frente a sus nuevas posiciones en Cogolludo. Se apoderaron de la localidad de Júcar y de las alturas a su espalda, en esa época prácticamente desguarnecidas. Entre los días 5 y 6 llegó el contragolpe republicano. Efectivos de la 12.^a División atacaron en el sector por dos direcciones: el cerro de la Cabeza, al norte, junto a Júcar; y al oeste de Cogolludo, donde tomaron el estratégico monte Trapero, dominante sobre la vieja villa ducal. No fueron combates a gran escala, pero sirvieron para recordar a los contendientes que la guerra seguía en Guadalajara y dejaron tras de sí varias decenas de muertos y heridos.

Con el cambio de dirección del IV Cuerpo republicano, el comandante Perea trató de sistematizar este tipo de acciones y enfocarlas hacia resultados más ambiciosos. Se propuso ejecutar un contundente golpe de mano cada semana en un sector distinto del frente, lo que marcaría la actividad operativa en Guadalajara en los siguientes meses. El primer turno correría a cargo de la 14.^a División de Cipriano Mera.

Mera, el líder militar anarcosindicalista más popular desde la muerte de Durruti, tenía bajo su mando toda la franja central del frente de Guadalajara, que comprendía el sector del Tajuña y parte de los del Tajo y la carretera de Francia. Su división ya era en esas fechas una unidad emblemática tras su participación en las batallas del Jarama y Guadalajara. En su estado mayor estaba destacada una de las mujeres combatientes que continuaban contra viento y marea en primera línea en el Ejército Popular, la valiente capitana argentina Micaela «Mika» Feldman de Etchebehère. En contra del tópico, aún quedaban unas cuantas mujeres en

Ocupación del vacío entre el Tajo y el Tajuña

23-27/V/1937



puestos de combate en los frentes secundarios. Abundaban sobre todo en las unidades guerrilleras, aunque

las hubo en todo tipo de destinos. Su ya de por sí escaso número fue menguando paulatinamente.

CAPÍTULO 4 RÉPLICAS DE UN TERREMOTO Operaciones de distracción, verano de 1937



Stárinov estableció su base al este de Talavera, es probable que en la base guerrillera de Las Herencias, y expuso a sus hombres el plan. La primera noche de operaciones, la del 3 al 4 de julio, debía cruzar el Tajo media docena de pequeños grupos equipados con explosivos para minar el ferrocarril. Después, y durante una semana, se preveían otras dos o tres incursiones al día. Para que los planes del Estado Mayor Central tuvieran éxito era necesario interrumpir la circulación durante al menos cinco días.

Los primeros grupos se internaron en silencio en las tranquilas aguas del Tajo. Desde la orilla, Stárinov vio desaparecer los botes en la oscuridad. Él perma-

Los guerrilleros republicanos cargan con la impedimenta y se preparan para el próximo golpe tras las líneas enemigas (*Tchapaief*, 24-06-1938).

neció esta vez en zona republicana con una reducida guarnición. No habían pasado siquiera diez minutos cuando el teniente coronel soviético contuvo el aliento: desde las líneas franquistas alguien lanzó una bengala. Pero las barcas ya no eran visibles. Los guerrilleros habían cruzado sin ser detectados. La espera fue enormemente tensa. En mitad de la noche, dos civiles se internaron en el río hacia zona republicana para evadirse y fueron descubiertos desde las avanzadillas enemigas, lo que motivó el lanzamiento de más bengalas y un tiroteo de madrugada desde las dos orillas del Tajo.

Tras los sobresaltos, Stárinov pudo distinguir finalmente la señal luminosa que había convenido toda

la compañía. El primer grupo de guerrilleros estaba de vuelta y su jefe informó de haber cumplido con éxito la misión. Como para darle la razón, enseguida se pudo oír un estallido a lo lejos, hacia el ferrocarril. Esto puso en guardia a los franquistas y dificultó el retorno del resto de los grupos. Algunos tuvieron que abrirse paso combatiendo hasta la orilla. Otros tuvieron que renunciar a sus botes y volver a nado. Sin embargo, a la mañana siguiente, el balance era exitoso: ningún guerrillero había sido capturado ni abatido y solo hubo que lamentar dos heridos en la compañía. Se habían colocado catorce minas en las vías. Dos ya habían estallado y se habían llevado consigo sendos convoyes, uno de ellos de transporte de tropas.

CAPÍTULO 7

EL EJÉRCITO DE LAS SOMBRAS

La guerrilla en los flancos de Madrid, 1937

EL FENÓMENO GUERRILLERO, PRÁCTICAMENTE EXCLUSIVO del bando gubernamental, surgió en Toledo y Guadalajara –como en el resto de los frentes– de forma espontánea, sobre la base de las partidas de huidos que escapaban de la represión de los sublevados y se equipaban con armamento de circunstancias inicialmente como autodefensa. Cuando los flancos del frente de Madrid quedaron estabilizados, el contingente republicano ya había establecido contacto con esos grupos y, en muchos casos, los había asimilado, uniformizado y equipado: los primeros usos de las guerrillas como unidades «regulares», dependientes del mando del Ejército Popular datan de enero de 1937.

En abril se constituyó el llamado «Batallón de Guerrilleros», dependiente de la 2.^a Sección del Estado Mayor Central republicano, el primer intento centralizador de todas las fuerzas irregulares. En el momento de su creación lo constituyeron once sectores o grupos, de los cuales cuatro actuaban, total o parcialmente, en los frentes secundarios del Centro: los de Extremadura, Talavera, Toledo y Guadalajara. El Batallón de Guerrilleros tuvo una existencia efímera, al constatarse lo inútil de la centralización de una actividad que se basaba, precisamente, en lo contrario, en la dispersión. Fue sustituido en junio por una Inspección, que perduró hasta enero de 1938 al crearse el XIV Cuerpo de Ejército guerrillero. Los jefes de este servicio de Inspección fueron, en un primer momento, el comandante Alberto Calderón Martínez y después Domingo Ungría Navarro, también comandante y afiliado al Partido Comunista de España (PCE), instruido por Stárinov. Ungría continuó al mando una vez que se creó el XIV Cuerpo.



El guerrillero del Alto Tajo Mariano Merodio en la escuela del XIV Cuerpo en Benimámet, Valencia (archivo familiar Alan E. Herchhoren Alcolea).

En paralelo a esas unidades altamente especializadas existieron otros grupos de soldados aveza-

dos en incursiones y golpes de mano en las brigadas de primera línea. A diferencia de los guerrilleros, estos grupos de choque eran irregulares y su actividad dependía más de la espontaneidad y de la decisión personal de sus jefes inmediatos que de un proyecto

reglado emanado de los estados mayores. En general, sus actividades no solían llevarles mucho más allá de las primeras líneas franquistas y su principal función era capturar centinelas enemigos, dar pequeños golpes de mano u obtener información.

CAPÍTULO 9 CONVERTIRSE EN CARNADA

Ataque contra la cabeza de puente de Talavera, marzo de 1938

EL DE TALAVERA ERA UNO DE ESOS sectores considerados «plácidos» por los combatientes. Algo lejanamente parecido a lo que el historiador norteamericano Michael Seidman llamó «frentes en calma». Al menos, lo fue tras la orgía de sangre de septiembre de 1936, cuando la toma de la ciudad por el Ejército de África se saldó con miles de bajas y una represión desenfrenada.

Los últimos combates de cierta entidad en el sector habían tenido lugar en noviembre de 1936, cuando los republicanos atacaron la ciudad para aliviar la presión sobre el cerco de Madrid. Los sublevados tuvieron que soportar fuertes bombardeos sobre sus aeródromos, ya que sus enemigos controlaban las alturas del otro lado del Tajo, en una situación paralela a lo que ocurría por aquellas fechas con la capital toledana y su fábrica de armas. Los bombardeos destruyeron varios cazas italianos y el jefe de las fuerzas aéreas de Mussolini en España, el comandante Ruggero Bonomi, hizo ver a Franco la necesidad de alejar las líneas republicanas de los cerros al sur de Talavera. A principios de la primavera de 1938 la batalla era ya solo un recuerdo lejano, pero sus consecuencias seguían presentes. Franco escuchó a su aliado italiano y estableció una cabeza de puente que, en líneas generales, se había mantenido todos esos meses.

Durante las semanas posteriores a aquel ataque, los sublevados cavaron sus trincheras sin ser molestados. Los republicanos no mantenían entonces línea de contacto alguna frente a Talavera. En una incursión desde la ciudad, las primeras tropas con las que se topó la patrulla franquista estaban destacadas en San Bartolomé de las Abiertas, a die-



Fotografía del bombardeo aéreo sobre Talavera de la Reina, Toledo (España. Ministerio de Defensa, AGMAV, F161-7-15; F202-1-15).

cisiete kilómetros al sur de los puentes sobre el Tajo. El terreno quebrado entre el río y los montes de Toledo favoreció la instalación de observatorios en los cerros, que permitían a la guarnición talaverana cubrir razonablemente el terreno con pocas tropas, lo que seguía su habitual doctrina fortificadora de herencia colonial. La escasez de soldados impidió a los sublevados penetrar al sur del Tajo más de dos o tres kilómetros y eso permitió a los gubernamentales desplegarse en posiciones dominantes sobre las de sus enemigos cuando retornaron.

CAPÍTULO 10

GASOLINA AL FUEGO

La ofensiva del Alto Tajuña, marzo-abril de 1938

La ofensiva del Alto Tajuña fue la mayor de las batallas de los frentes estabilizados del Centro en los flancos de Madrid. Su escala, cantidad de medios y efectivos empleados por ambos contendientes y el número de bajas la sitúan cerca de la gran batalla de Guadalajara de marzo de 1937. En el Alto Tajuña se desplegaron unos 60 000 soldados de ambos bandos, de los cuales más de 7500 resultaron muertos, heridos o capturados por el enemigo. En contraste, en el otro gran choque bélico de los frentes secundarios del Centro, la batalla del sur del Tajo de mayo de 1937, combatieron al menos 20 000 hombres, que sufrieron algo más de 4000 bajas, según se ha estimado. A lo largo de la batalla, los republicanos del IV Cuerpo desplegaron veintinueve batallones de infantería –a razón de cuatro por cada una de las siete brigadas, más uno extra con el que contaba la 70.^a Brigada Mixta–, un regimiento de caballería, dos compañías de blindados y dos de carros T-26 y 28 baterías de artillería, excluyendo las unidades de servicios no combatientes. Los franquistas llegaron a desplegar, con sus sucesivos relevos y refuerzos, cuarenta y cinco batallones de línea, el equivalente a treinta baterías, una agrupación de aviación

que llegó a rondar los cincuenta aparatos y quizá una sección de carros.

Con respecto a la cuantificación de las bajas, se encuentran las dificultades habituales. En el caso de las republicanas, existe un estadillo muy completo que detalla 4060 bajas –3716 heridos y enfermos, 292 muertos, 52 desaparecidos–, pero que, lamentablemente, excluye las sufridas durante el contraataque franquista de los días 16 al 18 de abril, ya que solo alude a la ofensiva republicana. La documentación franquista habla al respecto de 300 muertos recogidos en *La Molatilla*, más una elevada cantidad entre la Cota 1200 y *Puntal del Abejar*, solo el día 16. Al contrastar estas cifras con el armamento de infantería recogido que consta en el mismo documento (137 fusiles y mosquetones, 5 ametralladoras y fusiles ametralladores) puede intuirse que en las afirmaciones franquistas hay una considerable exageración. Incluso si se cuenta con que ninguno de los soldados republicanos abandonara su armamento durante el repliegue a *Puntal del Abejar* y que todo se hubiera recogido a los muertos, estos no sumarían más de 150.

CAPÍTULO 12

LA ARTILLERÍA CONQUISTA, LA INFANTERÍA OCUPA

La cuarta batalla de Seseña, octubre de 1938

La operación fue un fracaso para los franquistas en un momento en el que todo parecía estar a su favor en el frente de Toledo. Solo el ataque del día 13 dio un resultado indiscutiblemente positivo, aunque las ganancias territoriales tenían un valor muy relativo mientras los republicanos continuaran rodeando la cuesta de la Reina y controlando los vértices Canto y Legaña. Las razones del descalabro fueron muchas (servicios de información deficientes, incompetencia de mandos, incluso mala fortuna), aunque la de mayor peso fue, probablemente, como en otras derrotas de los sublevados, el exceso de confianza en las fuerzas propias y la subestimación de las del enemigo. La mayor parte de la responsabilidad recae sobre el jefe del I Cuerpo de Ejército franquista, el general

Ponte. Alentado por el fácil éxito en la ocupación de La Jara dos meses atrás, creyó que la debilidad de los gubernamentales era generalizada. Su dirección de las operaciones cuando falló el primer empujón del día 24 se volvió errática. Conviene detenerse por un momento en esta cuestión, ya que la documentación militar sugiere que sucedió algo extraño a partir de ese momento: los partes de operaciones parecen contradecir las órdenes previas del general. Como se mencionó en su momento, la orden de operaciones disponía claramente que el avance de la Columna de Cuesta de la Reina por el sur debía estar supeditado a la ruptura del frente enemigo en el norte por parte de las columnas de Ciempozuelos y Espartinas. Tal ruptura no se produjo y las unidades asaltantes que-

daron clavadas en tierra de nadie, frenadas por las ametralladoras republicanas. Ponte lo sabía, puesto que así se lo comunicó por teléfono el coronel Pimentel, jefe de la 17.^a División.¹¹⁹ Aun así, Ponte ordenó personalmente¹²⁰ el avance desde el sur a la Columna de Cuesta de la Reina. Es más, gracias al testimonio del capitán Fernández de Córdoba, que en aquel momento se hallaba en el puesto de mando de la 14.^a División, puede saberse que Ponte engañó de forma consciente a sus propios efectivos para que avanzaran:

No se sabe por qué a nosotros nos avisaron que no solamente había roto el frente, sino que avanzaba sin dificultad y como a eso esperábamos para lanzarnos, dimos la orden y se lanzaron nuestras unidades al asalto, con una decisión, un coraje y una rapidez asombrosas e irresistibles, rompieron el frente y continuaron avanzando y ocupando posiciones rojas, hasta que nos dimos cuenta de que la otra División no avanzaba y de que íbamos a quedar en mala situación. Detuvimos el avance [...].

CAPÍTULO 14 HIJOS DE CAÍN

El fin de la resistencia republicana, marzo de 1939

El análisis de la guerra convencional que se libró en los frentes estabilizados de Toledo y Guadalajara lleva a detenerse sobre otra formulación historiográfica más antigua que ha alcanzado el estatus de tópico: la de caracterizar al conflicto español como una guerra relativamente tranquila, de «frentes en calma», en los que la maniobra, la violencia diaria y el combate abierto eran excepciones puntuales. El tópico quedó formulado en la década de 1990 por el hispanista norteamericano Michael Seidman. Su trabajo acerca de los frentes secundarios fue seminal en muchos sentidos, un punto de partida para el estudio de aquellos teatros de operaciones que menos atención de los historiadores habían recibido tradicionalmente. Abrió nuevas vías de estudio, nuevos enfoques que han resultado en aproximaciones novedosas y muy acertadas al fenómeno bélico español, en especial sus consideraciones en torno a los combatientes voluntarios y su peso en el esfuerzo de guerra en ambos bandos, o en torno a la necesidad de la aproximación a la contienda desde las ópticas de la historia social. Sin embargo, desde su publicación en 1997, algunas de sus bases teóricas se han visto sacudidas, en especial desde los estudios locales. A lo largo del último cuarto de siglo la historia regional acerca de la Guerra Civil ha profundizado enormemente en el conocimiento de esos teatros de operaciones secundarios, lo que, visto en conjunto, dibuja un panorama mucho más complejo de lo que aventuró el historiador estadounidense. A medida que se conoce en detalle la historia operativa de estos frentes olvidados la sensación de inactividad o –incluso, con sus limitaciones– placidez que transmite Seidman se matiza, hasta desaparecer en algunos escenarios concretos, prácticamente. Ya lo han aventurado algunos investigadores: «La guerra en un frente en calma, que nunca está realmente en calma, puede ser muy dura».

En contra de lo que algunos tópicos asentados –amplificados por la ficción de masas heredada de la



Radiografía de un herido por metralla en la batalla de la cuesta de la Reina, el 13 de octubre de 1937. (España. Ministerio de Defensa, AGMAV, F455-30).

transición– parecen afirmar, la Guerra Civil española fue un conflicto de gran intensidad operativa. Es complicado hallar un mes en el que alguno de los contendientes no llevara a cabo alguna iniciativa ofensiva de envergadura. Si se circunscribe la muestra al objeto del presente estudio, en Guadalajara y Toledo, entre abril de 1937 y marzo de 1939, hubo entre veintidós y veinticinco ataques (en función de si consideramos las diferentes fases de algunas campañas como operaciones separadas) en los que al menos uno de los dos bandos empleó fuerzas superiores a un batallón. De estos combates, en torno a media docena pueden considerarse batallas en toda regla y al menos tres auténticas ofensivas. Esto supone una media superior a una operación al mes. A modo de síntesis, se presentan dos tablas (*vid. infra* 435-437) con el panorama operativo a lo largo del periodo de estabilización.

CAPÍTULO 15

CARNE PARA GRAJOS

La ruptura de los frentes, marzo-abril de 1939

LA EVIDENCIA MATERIAL HALLADA EN CASA DEL GUARDA lo señala de forma explícita: en Toledo y Guadalajara los fusiles no quedaron en silencio tras el 1 de abril de 1939. Paradójicamente, después de que el mencionado «último muerto de la guerra» cayera herido de gravedad en la cabeza de puente de Toledo, continuó el goteo de bajas en los contingentes de Franco. El último soldado del CTV en morir en combate según los datos oficiales italianos fue un suboficial llamado Ermippo Piazza, caído durante la toma de Guadalajara el 29 de marzo. El *caporale* Piazza no fue la última baja del cuerpo expedicionario de Mussolini en España: los disparos de los últimos combatientes republicanos del puerto de Alicante les causaron una docena de heridos más el día 31. La Legión Cóndor también tuvo bajas tras el desplome de los frentes: el 28 de marzo, un vehículo con municiones estalló en el municipio toledano de Orgaz y acabó con la vida del *Obergefreiter* del Grupo Antiaéreo Heinrich Hemke. Más allá de esas bajas simbólicas, anecdóticas si se quiere, hay multitud de indicativos que muestran que no todo terminó en el momento en el que las versiones oficiales del franquismo sugieren.

La traducción al castellano de la obra de Preston acerca de los últimos días del conflicto la privó de su poderoso título original: *The War Without End* [La guerra sin final]. Que la guerra no acabó el 1 de abril de 1939 es una tesis que, como se ha visto, ha ido ganando peso historiográfico recientemente. Que esa fecha no marcó más que un cambio de fase de la larga contienda española se observa con claridad en las provincias de Toledo y Guadalajara. Las prácticas de ocupación y represión se limitaron a extenderse



Entrada de las tropas franquistas en la ciudad de Guadalajara el 28-3-1939 (*Nueva Alcarria*, 31-3-1951).

allí, sin solución de continuidad, más allá de los antiguos frentes. Las unidades militares franquistas ni se desmovilizaron ni dejaron de prestar servicios de guerra, como se puede ver gráficamente en sus diarios de operaciones, que continúan el relato más allá del 1 de abril sin ningún tipo de cesura. Al contrario, se establecieron de forma permanente en las provincias y continuaron con sus planes de instrucción, sus maniobras; pero también con sus reconocimientos, «tareas de limpieza» y misiones de combate, con el registro ocasional de bajas, en su mayoría por accidentes y enfermedad, aunque no solo. Esas misiones posteriores al 1 de abril eran imprescindibles para hacer llegar la autoridad franquista hasta los últimos rincones del territorio de Castilla.

CONCLUSIONES

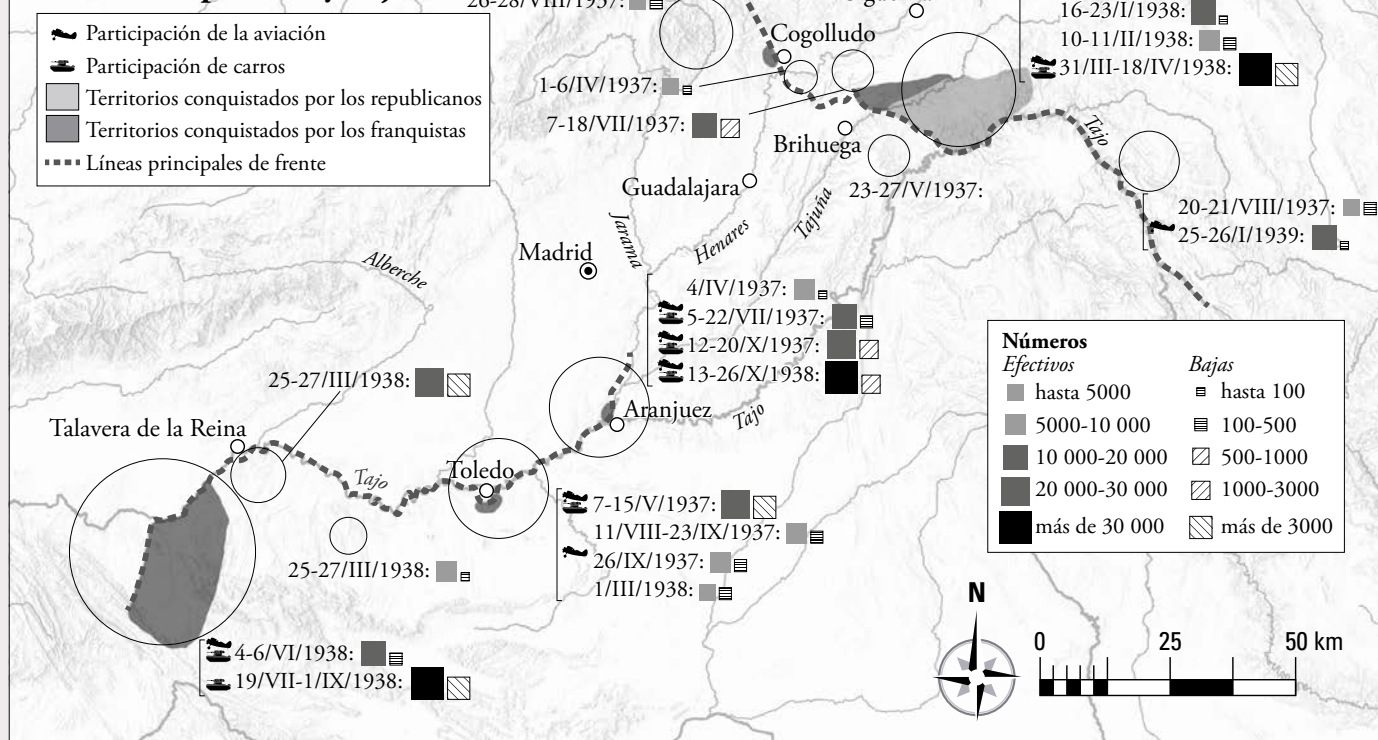
Entre julio de 1936 y marzo de 1937 se produjeron en esos frentes al menos 20 900 bajas en total por acciones de guerra (9300 en Toledo, 11 600 en Guadalajara). Las bajas resultantes de pequeños golpes de mano, bombardeos ocasionales y fuego de trinchera fuera de las operaciones de entidad son casi imposible de cuantificar, aunque prácticamente cada día había muertos y heridos en cada frente. Si se establece una cifra enormemente conservadora se puede asignar medio millar de bajas por esas acciones en cada

frente durante la fase de estabilización, lo que, sumado a todo lo anterior, arroja un total mínimo de 48 656 bajas en ambos frentes durante toda la guerra (21 176 en Guadalajara, 27 480 en Toledo). Son números imponentes para unos frentes pretendidamente tranquilos, máxime si se tiene en cuenta que, en la primavera de 1937, ambos frentes estaban guarnecidos por unos 93 000 soldados de ambos bandos.

Los resultados de este trabajo obligan a revisar la visión que ha imperado acerca de la Guerra Civil como

Los frentes de Toledo y Guadalajara

III/1937-III/1939. Combates principales, efectivos implicados y bajas



un conflicto de baja intensidad fuera de los teatros de operaciones decisivos en momentos puntuales. El fenómeno bélico en los frentes periféricos emerge con una intensidad y complejidad mayor a la tradicionalmente aceptada, que llega a adquirir plenamente los rasgos de una guerra total. En Toledo y Guadalajara quedaron desdibujadas las fronteras entre los frentes y la retaguardia, entre los civiles y los combatientes, entre la guerra misma y su posguerra. Las batallas olvidadas que salpican el historial operativo a los flancos de Madrid se libraron con un enconamiento que en nada difiere del de los grandes choques campales de la contienda y a una escala que, en ocasiones, llegó a rivalizar con la de estos. Tanto en Toledo como en Guadalajara

entraron en juego armas modernas en cantidades apreciables, así como efectivos extranjeros. Se pusieron en práctica tácticas de guerra irregular, que llegaron a gozar de un protagonismo superior al de la mayoría de los frentes. Y las normas de la guerra –consuetudinarias o explícitas– se violaron de forma sistemática.

¿Por qué se operó con esa intensidad en unos frentes secundarios y estabilizados? Las operaciones principales que se han estudiado monográficamente en los frentes estabilizados de Toledo y Guadalajara obedecen a dos motivaciones principales: la mejora táctica de las posiciones de cara a operaciones futuras de carácter decisivo y la distracción de efectivos del enemigo en auxilio de las iniciativas estratégicas de otros frentes.



El cenetista Cipriano Mera, jefe del IV Cuerpo del Ejército republicano del Centro durante la segunda mitad de la guerra. En la imagen, tomada en torno a enero de 1938, aparece con Valentín González, El Campesino, a su derecha (archivo de Vicente Talón).

Contacto y entrevistas:

Guillermo Escribano Jara - Comunicación

Tel. 616 404 434 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

